

Las organizaciones sindicales y la Oficina Internacional del Trabajo

La clase obrera debe intensificar su apoyo.

Por lo que se refiere a la propaganda, de parte de los gobernantes, lo mismo que del lado de las organizaciones obreras y patronales, la situación en que se encuentra la Oficina Internacional del Trabajo, de Ginebra, está lejos de ser favorable.

Se comprende fácilmente que para lograr éxito y para llegar a su pleno desarrollo un instituto de este género, cuya esfera de influencia es extremadamente vasta y su tarea de una amplitud casi sin precedentes en la Historia, tenga necesidad del concurso de todos los que en ella están interesados.

En la clase obrera, esta propaganda ha dejado mucho que desear. Es imposible reservar en las columnas de la prensa profesional un espacio demasiado importante para la publicación de lo que se ha realizado, o lo que está en vías de ejecución, o mejor dicho, pendiente de la espera lucha que se libra en el seno de la Oficina entre los representantes obreros, patronales y de los Gobiernos.

En general, los Sindicatos de los diversos países tienen intereses más directos y sus boletines sindicales están para servirlos; pero es preciso reconocer también que la prensa obrera trata a la Oficina del Trabajo con cierto tono de indiferencia. De una parte, parece que la Oficina se encuentra demasiado separada de la esfera de intereses de la mayor parte de las organizaciones; por otro lado, se da la impresión de que se prefiere guardar silencio sobre la Oficina, a fin de evitar la crítica de los comunistas, señores que pretenden, como se sabe, que este organismo sirve a la burguesía, al capitalismo, etc., empleando al efecto a los Sindicatos obreros.

Se olvida demasiado a menudo que la Oficina del Trabajo debe su existencia a la guerra, y que en el curso de ésta los Sindicatos han podido tomar una actitud bien destacada; se olvida que, más particularmente en los países beligerantes, los Gobiernos, que se encontraban en un estado de dependencia frente a los obreros para continuar la guerra, han tenido que mostrar su buena voluntad acerca del movimiento sindical, por lo que se ha conseguido que se aplicaran medidas que en otras circunstancias se habrían hecho aguardar todavía muchos años.

Es preciso tener en cuenta también el hecho de que en esa época han realizado los patronos beneficios extraordinarios, y que por esto se hicieron importantes concesiones a los obreros, a fin de poder continuar obteniendo aquellas ganancias.

No hay, pues, nada sorprendente en el hecho de que por instigación de los Sindicatos haya sido creada la Oficina Internacional, creyendo dichas organizaciones servir así la causa de la legislación del porvenir, y hay, por tanto, derecho a esperar que la propaganda en pro de la Oficina se haga de manera satisfactoria por esos mismos Sindicatos.

Se recurre a diversos procedimientos para derribar la nueva institución, donde los obreros, gracias a su unidad, han adquirido cierta influencia, ya, bien insuficiente aún. Y esto porque nuestros adversarios ven en la Oficina del Trabajo

el ariete que abrirá a las organizaciones obreras una brecha en la muralla reaccionaria de los Gobiernos y de los patronos. Por esto se esfuerzan nuestros adversarios en recuperar el terreno perdido durante la guerra, a fin de colocar nuevamente a la clase obrera en el estado de dependencia y de sujeción a que ha estado sometida durante siglos.

Tratan de quitar a la Oficina su fuerza vital, rebajándola al rango de órgano de documentación.

Desde hace mucho tiempo venimos siendo testigos de esas maniobras, y el grupo obrero ha rechazado sin cesar los asaltos de la clase patronal y de los gobernantes.

Dudamos que tales asaltos tengan consecuencias favorables para nuestros adversarios.

Pero estamos convencidos de que nuestra Oficina y sus representantes en el Consejo de Administración no sabrán colaborar en un organismo que no tuviese otra misión que la de reunir y publicar montones de papel.

Estamos convencidos de que si los Gobiernos persisten en su oposición a ejecutar las resoluciones de las Conferencias, los obreros no prestarán durante mucho tiempo su apoyo a la Oficina del Trabajo.

No se nos oculta que las circunstancias particulares reinantes en algunos países pueden a veces necesitar que se ajeje un tanto de la vía indicada por las resoluciones; pero nosotros no sabríamos tolerar que eso ocurra en la hora presente, y por esto es necesario que nuestro Congreso se pronuncie acerca de este asunto.

No permitiremos que los Gobiernos hagan internacionalmente, por medio de la Oficina del Trabajo, una demostración aparente de sentimientos democráticos y de benevolencia, en relación con los obreros, a la vez que nacionalmente adoptan las más violentas medidas reaccionarias, tratando las resoluciones de esta institución internacional cual si fueran vulgares trozos de papel.

En el curso de estos últimos años el movimiento sindical ha sabido hacer progresar el número de sus adheridos, fortalecer su influencia y afirmar su poder por la unidad de voluntad de sus organizaciones. Esto le ha permitido ocupar posiciones desde las cuales podía luchar con éxito y con más vigor por los intereses de la clase obrera; sabemos muy bien que puede haber peligro al abandonar estas posiciones a la vista del enemigo; esperamos no ser forzados a ello, pero en ocasiones las circunstancias pueden hacer necesaria esta maniobra.

Nosotros seguiremos la tarea de nuestros predecesores, si es posible, en la Oficina Internacional del Trabajo, si encontramos entre nuestros camaradas más positivo apoyo; pero si éste nos falta, lucharemos fuera de la Oficina del Trabajo y con nuestras propias fuerzas contra el poder de los patronos y de los Gobiernos.

J. OUDEGEEST

Secretario de la Federación Sindical Internacional.

que hubieran podido modificar este resultado. Graupera votó contra los obreros agrícolas, dando una nueva prueba de intransigencia.

No es exacto que la Delegación obrera de la Unión General haya hecho el viaje a Suiza con Graupera, con quien no mantiene ninguna clase de relaciones.

En cambio, la Delegación patronal de Italia, Suecia, Alemania y otros países ha votado a favor de que la jornada de ocho horas se aplique a los obreros agrícolas.

La Delegación obrera, en bloque, se ha reunido y ha acordado exigir que en la próxima Conferencia figure de nuevo el tema de la aplicación de la jornada de ocho horas para la agricultura.

En la sesión de hoy, como desagravio, ha sido derrotado por dos veces el Gobierno francés, que pretendía excluir del orden del día de la Conferencia todos los puntos referentes a la agricultura. No lo ha logrado, por fortuna; ello hubiera significado la ruptura de la Delegación obrera, dispuesta a retirarse de la Conferencia si a los obreros del campo no se les daba la debida satisfacción.

Han comido con Alberto Thomas los compañeros Fabra Ribas, De los Ríos, Caballero y Saborit. También fueron invitados por Thomas los delegados de Italia: Corbellino Baldesi y la camarada Altoecchi.—A. S.

Otra vez la base sexta

¿Hay o no hay vergüenza?

Hace pocas sesiones se discutió en el Ayuntamiento un asunto verdaderamente escandaloso, que afecta directamente al decoro de los concejales, que luego cuando se les dicen las verdades, echándose de cara lo malo que hacen en perjuicio de los intereses del vecindario, se creen obligados a defenderlo, apelando para ello a gestos más o menos aparatarios, trágicos. Por la conducta que siguen en la administración de los intereses del vecindario, han echado a perder todos los prestigios del cargo, y hoy el pueblo, con mucha justicia, cuando habla del concejal lo hace con un tono de verdadero desprecio.

Gracias a la actitud de la minoría socialista fué retirado por la Comisión de Hacienda un dictamen en el que se pedía una habilitación de crédito para que cobraran sueldos unos cuantos familiares y paraguados de concejales de los incluidos en la séptima base sexta que una real orden del ministerio de la Gobernación expulsó del Ayuntamiento. La discusión fué

muy pintoresca. Los concejales interesados, a falta de razones con que defender el expediente, se apostrofaban los unos a los otros por sus propias vacilaciones. Todos hacían protestas de honradez y de buena fe; hasta el señor Saornil, que era portavoz, y también, teniendo en cuenta la pureza de los principios del programa federal, ha colocado en el Ayuntamiento a algunos deudos suyos.

Nuestra minoría, al combatir el dictamen, pidió que la Comisión fuera estudiando caso por caso e hiciera constar en el nuevo dictamen todos los antecedentes personales de cada individuo, para saber qué cantidad de trabajo habían hecho en el tiempo que habían cobrado el sueldo del Ayuntamiento.

Bueno; pues la Comisión de Hacienda no lo ha estimado así, y lejos de cumplir con su deber, teniendo presente el criterio y los intereses del Ayuntamiento, al redactar el nuevo dictamen aumentó en quince los individuos que quieren anular de nuevo en el presupuesto.

Pocas veces se presentarán casos de inmoralidad tan probada. En la lista de los que se pretende beneficiar hay hijos, hermanas y parientes de concejales, que se los ha querido colar en el escalafón de empleados postergando derechos indiscutibles de otros funcionarios. Esta injusticia pudo evitarse, no por la rectitud del Ayuntamiento, sino que, para vergüenza de los concejales, tuvo que venir del ministerio de la Gobernación un decreto que era un palmoteo a su conciencia, que pusiera orden en el asunto y resolviera el pleito en estricta justicia. Pero los concejales no pueden quedarse sin dar pan a sus deudos y amigos. Entre éstos hay señores periodistas, que después de cobrar estos sueldos sin trabajar, van a las Redacciones de los periódicos y con toda desfachatez hablan a las gentes de la media administración que existe en todos los organismos del Estado, y se dedican a calumniar a los representantes del pueblo que mejor se portan en el cumplimiento de su deber.

Ni los concejales ni la casi totalidad de los empleados de la base sexta que pretenden ahora ser enclavados en el presupuesto demuestran tener escrúpulos de conciencia, y a ser necesario que el pueblo, en un supremo arranque de indignación, refrene las ambiciones de unos y de otros.

Los intereses municipales, señores concejales, no son una merienda de negros que puedan estar expuestos a que la voracidad y el desahogo de unos y de otros caiga sobre ellos como manada de lobos sobre un rebaño, ni el pueblo ha elegido concejales para eso.

Y allí veremos lo que pasa.

Crónica de París

DESQUICHAMIENTO COMUNISTA

No es por gusto ni para encontrar fáciles deducciones al mal que sufre el proletariado por lo que recogemos cuantos datos abogan la inestabilidad del comunismo moscovita. La razón experimental de las cosas es más fuerte que la voluntad de los hombres, y una ficción ideal como es el comunismo tatarlo no tiene razón de ser, y desaparecerá por ley natural. Ya ha empezado la desbandada. Me enteré de un hecho nuevo y muy significativo.

El ciudadano Métra, secretario de la Federación Comunista de Lyon, era un propagandista ardiente de las tesis comunistas, contribuyendo a la división de los Sindicatos, que quería subordinar al Partido. Intransigente y engreído de poseer la amistad personal de Boris Souvarine, el ciudadano Métra, que hasta después de la guerra no se enteró de la existencia de la doctrina socialista, hizo expulsar del Partido Comunista al profesor Cuminat, un sabio, un viejo militante, un batallador infatigable, y que por su conducta contra la guerra sufrió toda clase de vejámenes del Gobierno. Pero a los ojos de Métra era un débil comunista y se le expulsó. Pues bien; el ciudadano Métra acaba de abandonar el Partido Comunista—es «La Vie Ouvrière» quien lo dice—, entrando en la Redacción de un diario lyonés que se ha distinguido en sus ataques al Socialismo y a la clase obrera.

Otros seguirán, fruto de la campaña demagógica a que se dio lugar. Si será profundo el mal, que «L'Humanité», dando cuenta del Congreso de las Juventudes Comunistas de la región parisienno, escribe:

«Todos los delegados estuvieron unánimes en reconocer la necesidad de reformar la substancia misma de la propaganda y de cesar en los métodos de excitación demagógica a la clase obrera, procurando su educación, instruyéndola.»

¡Pobres muchachos! ¡Noble afán el suyo! Pero ¡oh! «Educar a la clase obrera» ¿Qué harían entonces los Cachin y Boris Souvarine de todos los países si la clase obrera estuviese educada? No, no. Hay que mantenerla en la ignorancia y proponer a los obreros tres días por semana de paro forzoso, en vez de dos que tenían antes.

Se leen dos cartas, que desde Ginebra escribe el compañero Largo Caballero, informando acerca de la labor que se realiza en la Conferencia Internacional del Trabajo.

Unión General de Trabajadores

En la última sesión que ha celebrado la Comisión Ejecutiva se ha concedido ingreso en la Unión a las organizaciones siguientes:

Sociedad de Dependientes de Marchena, con 20 asociados; Sindicato de Construcción Naval de El Peral, con 60, y Agricultores de Campanaraya, con 120.

Se lee una carta del compañero Durán informando del estado en que se encuentra el proletariado de Cataluña, en la que se dice que se presentan con bastante frecuencia grupos de obreros a la Sociedad de Oficios Varios de Barcelona, que está adherida a la Unión General, solicitando que se les organice, para poder contrarrestar los abusos patronales, que aprovechando la desorganización en que están les han obligado a trabajar más de ocho horas y les han rebajado los salarios. En esta citada carta se solicita que la Ejecutiva reclame al Gobierno que el gobernador de Barcelona despache los reglamentos de organizaciones en proyecto que obran en su poder y que permita la celebración de reuniones públicas.

La Ejecutiva acuerda atender esta solicitud.

Se acuerda, a petición de los interesados, solicitar del ministro de Fomento que obligue a las Compañías ferroviarias a que manden el material ferreo a Peñarroya, porque por falta de éste la Compañía de aquellas explotaciones ha impuesto a los obreros tres días por semana de paro forzoso, en vez de dos que tenían antes.

Se leen dos cartas, que desde Ginebra escribe el compañero Largo Caballero, informando acerca de la labor que se realiza en la Conferencia Internacional del Trabajo.

No han acudido a la Conferencia Delegaciones obreras de la América latina,

La Conferencia del Trabajo

GINEBRA. 1.—En la sesión celebrada por la Conferencia del Trabajo se votó una propuesta del Gobierno francés en que pide desaparición del orden del día la aplicación de la jornada de ocho horas para los trabajadores agrícolas.

Francia hizo gran presión para que prevaleciera su criterio. Los delegados gubernamentales españoles no acudieron a la sesión para ofrecer, con su ausencia, los votos de España al Gobierno francés, que ganó por cinco votos.

No han acudido a la Conferencia Delegaciones obreras de la América latina,

soldados del regimiento, como borregos de un rebaño.

Rectificad la posición. A la izquierda... A la derecha... En fin... El dedo sobre la costura del pantalón. Mañana os haré cortar el pelo... Y las ideas deben obedecer sin murmurar, si no... insultos, denuncias, sola de policía...

Hay, más que nunca, un militarismo de ideas, con generales entorpecidos, y suboficiales arrogantes, y soldados atolondrados.

Brizon compara las hojas del árbol, distintas todas, al movimiento obrero, y llama a la «postura» querer modelar las ideas caprichosamente. Y añade:

«Y vosotros gritáis DURO contra las tendencias de opinión que no han encontrado sitio en nuestro cuartel de ideas. Lanzáis la división entre los hombres, la cizaña en el corazón del proletariado. Reducís al vacío, a la nada, a la impotencia el gran partido del Trabajo y de la Paz. La destrucción con la pobreza sombría de los fanáticos y de los inquisidores. Sois flacos y vuestros ojos brillan de fiebre. ¿Qué habéis hecho de la fraternidad, buenos apóstoles? Dispuestos siempre a pelear, vuestro enemigo es vuestro hermano, y tiráis sobre él en lugar de tirar sobre el «bloque nacional». Decís pequeño «comunista» detrás de los reaccionarios. Decís: «Este socialista es mi peor enemigo». No. «Vuestro peor enemigo» es la reacción de la guerra y el capitalismo de miseria; pero también vosotros mismos, vuestra estupidez de color y vuestra maldad con los ojos vendados. ¿Cómo os parecéis a los burgueses en estos momentos y cómo los hacéis el juego a sus intereses?»

Y todo porque ¡tenéis el cómico orgullo de creer, a derecha e izquierda, que estáis en posición definitiva de la «verdad integral», y sois suficientemente ignorantes para querer imponer el mismo credo a todos los ciudadanos. Y entonces, como los fanáticos exaltados, como los inquisidores, los clericales y los arrastrasables, abandonáis las ruinas, crujiendo los dientes. Las pequeñas hojas del árbol son más inteligentes que vosotros, orgullosos machacones de fórmulas sin vida. Aunque diferentes, viven unidas y de acuerdo sobre el árbol común. Parecen decir que la «unidad» es imposible; pero practican la «unidad» necesaria, cual los granos de trigo, que son más comunistas que míseros injuriosos y polemistas con bilis.

Verdaderamente, yo os repito, ante la potencia política, industrial, social, financiera e interna de los GRANDES: los PEQUEÑOS son perdidos si no saben unirse contra el enemigo común; tienen el sentido y la valentía de practicar el comunismo de las hojas y de los granos de trigo.»

Apuesto un ejemplar del libro «El Estado y la Revolución» (que Lenin ha hecho contra el presidente de los comunistas del pueblo de Rusia) contra un ejemplar de «La Guerra Social», a que Brizon, que durante la guerra se hizo llamar por los burgueses «vendido» a Alemania, no tardará mucho en hacerse llamar vendido a la burguesía.

Palabra, Almé FLOREAL

París, octubre de 1921.

Lenin confiesa el fracaso económico del régimen seguido por los Soviets

Y realiza una «retirada estratégica».

Los periódicos comunistas de Riga y de Berlín, la «Novy Pomb» y la «Novy Mir», han publicado extensos extractos de un discurso pronunciado el día 17 de octubre en Moscú por Lenin en el Congreso panruso de los Comités de educación política. Véase en qué términos el jefe del Gobierno de los Soviets expone la condena de toda la política económica seguida desde hace cuatro años y cómo implícitamente reconoce la terrible responsabilidad en que se ha incurrido en el desastre que han sufrido muchos millones de seres humanos. Pero dejemos la palabra a Lenin:

«Vosotros no podéis comprender el brusco cambio que ha operado el Gobierno de los Soviets y el Partido Comunista al adoptar una nueva política económica. Esta nueva política cierra más los elementos del antiguo régimen económico que la que nosotros hemos practicado hasta el presente. ¿Por qué? Porque nuestra política económica del primer período suponía que era posible pasar directamente del antiguo régimen económico ruso a la estalización de la producción y al reparto sobre bases comunistas.

Recordad lo que escribían nuestros comunistas antes de tomar el Poder los comunistas, y sobre todo después del advenimiento de la República soviética. Nosotros estuvimos en aquella época mucho más prudentes que en 1919 y 1920. Tanto es así, por ejemplo, que en fin de abril de 1918 el Comité Central del Partido insistía en una circular sobre la necesidad de proceder de acuerdo con los agricultores para tener en cuenta el papel del capitalismo de Estado y la responsabilidad individual en la gestión. Contrariamente a nuestras esperanzas, nos hemos visto obligados a sostener la guerra civil hasta el año 1920.

Bajo la influencia de este estado de cosas, de la situación desesperada en que se encontraba entonces la República bajo la influencia de otras circunstancias, aun de las cuales no es ahora momento de hablar, nosotros hemos cometido una falta: hemos decidido efectuar el paso inmediato a la producción y al reparto comunistas. Hemos pensado que los agricultores nos facilitarían el pan gracias al sistema de requisiciones; éste pan sería en seguida repartido entre talleres y fábricas y se arribaría así a la producción y al reparto comunistas. Yo no diré que este plan estuviera bien concebido; sin embargo, en este sentido hemos actuado. Desgraciadamente, ello está hecho; desgraciadamente, porque la experiencia nos demuestra, además, que el error de nuestra concepción, que es en abierta contradicción con lo que nos

otros dijimos acerca de la necesidad de pasar del capitalismo al comunismo mediante un período de reglamentación y de control socialista, sin lo cual es imposible llegar al comunismo.

En teoría, nuestra literatura desde 1918 subrayaba claramente que la sociedad capitalista pasa a la sociedad comunista por medio de un largo período de control y de reglamentación socialista. Esto lo hemos olvidado, por decirlo así, en la fiebre de la guerra civil. Ha sido durante este período, y a causa de este error, cuando nosotros hemos sufrido un gran fracaso económico, a consecuencia del cual comenzamos una retirada estratégica. En tanto que no se nos derrote por completo, seguiremos el repliegue hasta reconstituirla todo sobre una base más sólida.

Nuestro fracaso en el frente económico no cabe duda alguna que ha sido un tremendo descalabro. Con toda conciencia planteamos claramente la cuestión de la nueva política económica, y ello es natural que haya deprimido a ciertos camaradas ante el pánico por que se dejan arrastrar.»

Seguidamente Lenin considera que se puede establecer una analogía entre los fracasos militares y los fracasos económicos de los Soviets. Sin embargo, dice que la estrategia económica es más difícil que la estrategia de guerra. Y continúa diciendo:

«El ensayo de introducción del Comunismo nos ha valido en la primavera de 1921, en el frente económico, un fracaso mucho más grave que todos los que habíamos sufrido anteriormente en el campo de batalla. En dicha época se pudo hacer constar que nuestra política económica, tal como había sido concebida por los órganos dirigidos por las masas, y que no sirvió ni siquiera para aumentar las fuerzas productivas, estaba impidiendo por las requisiciones en las villas y por la introducción de los métodos comunistas en las ciudades. Esta política fué la que provocó la crisis profunda, económica y política, que sufrimos en la primavera de 1921.

Nuestra retirada ha sido efectuada no sin cierto desorden. Es verdad que las posiciones de retaguardia han sido perdidas; para convencerse basta fijarse en las decisiones de nuestro Partido tomadas en 1918; pero hay que confiar en que hasta la hora actual su realización se hace con un desorden cada día más limitado. Y este desorden es preciso combatirlo.»

«Proletarios de todos los países, ¡uníos!»

Desde el mismo instante en que se saludan conscientemente las ideas socialistas y figura uno en las filas del ejército redentor, posee de lleno una idea: la de redimir a la Humanidad y redimir a sí mismo. Se sueña—el ideal es un sueño que se hace realidad en la aurora—, se sueña, digo, en un mañana en que el luz de los espíritus nimbos las frentes y el calor de los corazones teja la red fraternal bajo cuyo imperio deje el hombre de ser fiero para convertirse en hermano.

Desde esta cumbre del desao tiéndese la mirada hacia el valle prosaico donde la vida, que se desenvuelve a ras de tierra, proyecta desencantos para los hombres, cuyas frentes andan pegadas a las nubes; pero, por fortuna, las cosas que parecen que lo son más a prueba de obstáculos y desgarrados.

El ideal de justicia que se forja en la mente pasa a ocupar en el corazón un puesto predilecto, forma la esencia de nuestro propio yo emotivo y mental, y toda la vida tendrá que desenvolverse bajo la influencia decisiva de esos jaloneos, que actúan de líneas para encauzar la voluntad.

Acontece con frecuencia que una falta de documentación y un exceso de encandilamiento con nuestras maneras de apreciar personas y cosas desencorazan la recta intención, lanzando a extravíos lamentables. En este caso, cuando preside nuestros juicios la buena fe, basta el chispazo de luz que surge de la sensata controversia para disipar la neblina del error; pero cuando sistemáticamente, bajo el influjo de la obsesión o con fines inconfesables se sostiene, contra viento y marea, lo que ayer se sostuvo, acaso convencido y hoy queda probado como erróneo, se hace un daño inmenso, un tremendo daño al ideal que se dice defender, y las energías que debían invertirse en acelerar su triunfo, se consumen esterilmente en una lucha bizantina, que sólo aprovecha al adversario que tiene, además, la virtud de aflojar los vínculos de compañerismo, produciendo la confusión y el desorden entre los que sólo pueden vender por convencidos y ordenados.

A cuento viene esto del estado en que se halla en este preciso momento histórico el proletariado español. Doguer surgen banderías, doquier emergen racionalismos que parecen incubados en mentes lusas e incapaces de darse aproximada cuenta de los rudos imperativos de la realidad.

El «Manifesto Comunista», ese maravilloso documento en que se condensó de manera, al parecer definitiva, nuestra doctrina social, con la visión del genio que traza pautas al porvenir, termina en una frase lapidaria, una frase que resume la primera condición para la posibilidad de algo práctico en cuanto

a la redención del proletariado se refiere. Dice la frase: PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, ¡UNÍOS! Es imperativa, es absoluta, es una supremacía de ideas expresada con voz de trueno; tiene un no sé qué de apocalíptico. De seguro que la energía pluma del maestro rasgó el papel al escribir la última palabra, la palabra cumbre, la palabra mágica a cuyo conjuro tiembla el camaleón andamioje burgués, sostenido tan sólo en la iniquidad, en la tiranía y la ignorancia.

Y a cuenta de los doctrinas marxistas hay quien pretende, oh, profanación!, sembrar la discordia, encender los odios, llevar a luchas fratricidas a los que en su condición de explotados tienen el más poderoso motivo para la fraternidad que haga fecunda la defensa.

¡Uníos!, gritó Marx. Y no solamente se dirige a los obreros de un país, sino a los de todos los países. Tenía clara conciencia de que hacía falta esa unión para vencer al odioso capitalismo, fuente de toda injusticia. Buceando en el porvenir, adivinaba, con la intuición genial de los precursores, que las fuerzas burguesas depondrían sus diferencias al ver en peligro sus privilegios de clase.

Y, en efecto, una vasta internacional tiene constituida y encargados sus destinos a gobiernos que actúan en nombre de los respectivos países, dándose casi todos el calificativo de democráticos.

Frente a esto, a esta realidad incuestionable, el proletariado universal pierde un precioso tiempo en discusiones más baldías e insensatas que la de los conejos de la fábula. Porque las tácticas, las diferencias accidentales, no deben, no pueden anteponerse a lo fundamental.

La gran masa obrera, la masa que trabaja y sufre, la que tiene que soportar el expolio y la iniquidad de un sistema, cuya condenación nace de toda conciencia recta, es preciso, es indispensable que imponga el buen sentido y que fuerce a todos los directores a la inteligencia, al abrazo por la suprema causa de los oprimidos, evitando de traicionar a esta causa a todo aquel que tienda a desgracia. Si el concepto de traidor suena demasiado fuerte, aplíqueseles el de insensatos, que tales pueden ser por la pasión. Pero en todo caso, en que siempre la discordia entre la clase obrera es un funesto equivocado, y los equivocados en cuestiones de tanta trascendencia, ni tienen derecho a dirigir, ni merecen otra cosa que el desprecio.

Señalemos todos el gran error. Y a las insinuaciones de división y de discordia, oponámonos tenazmente, insistentemente, corajadamente, lo sabia frase del maestro: «Proletarios de todos los países, ¡uníos!»

V. LACAMBRA

